

PALABRAS DE APERTURA DEL P. AGUSTIN ROBERTS, OCSO

En este momento de apertura es justo que nos acordemos muy particularmente de nuestro querido hermano Dom Gabriel Brasó, de tan feliz memoria. Fue él quien nos animó a dedicar el presente Encuentro al tema general de “Relectura de la Regla de San Benito en el hoy de América Latina”, como preparación para el decimoquinto centenario del nacimiento de San Benito, en 1980. Actuaba entonces como Presidente de la Comisión Monástica que había lanzado el tema de la relectura de la Regla para el Centenario. Parece muy indicado reflexionar muy brevemente esta tarde sobre este eje central de nuestro Encuentro.

I. El enfoque de Dom Brasó de la “relectura” estaba en la línea de una confrontación de la Regla con la vivencia actual de la misma en nuestros monasterios. Sería un tipo de *revisión de vida* hecha por cada comunidad y compartida con los monasterios de cada área, para ser enviada después a la Comisión Monástica que presentaría en 1980 un informe global.

Al mismo tiempo, sin embargo, había -y todavía hay- otro enfoque posible sobre la relectura de la Regla. Se trata de la tendencia un tanto distinta, representada especialmente por el actual arzobispo Weakland, de Milwaukee. Este enfoque estaba ya implícito en las palabras introductorias de Dom Weakland en nuestro último Encuentro en Bogotá, hace tres años. Según él, la relectura no sería tanto una revisión introspectiva de la vida de nuestras comunidades, cuanto un examen más amplio de las relaciones del movimiento monástico en cada área con las necesidades actuales y futuras de la Iglesia y de la sociedad.

Creo que todos estamos de acuerdo en que estos dos enfoques de la relectura son no sólo legítimos sino complementarios, como lo son, por ejemplo, las dos Constituciones del Vaticano II sobre la Iglesia: *Lumen Gentium*, más introspectiva, y *Gaudium et Spes*, más proyectada hacia afuera y hacia el futuro. Seguramente vamos a encontrar ambas tendencias representadas en los distintos temas e intercambios de estos días.

En todo caso, hemos venido aquí sobre todo para compartir nuestras experiencias de vida monástica en nuestro propio continente. Será útil, entonces, ubicar el movimiento monástico en América Latina dentro del contexto mundial del monaquismo, un poco en la línea sugerida por Dom Weakland. Nuestros huéspedes están particularmente preparados para ayudarnos a formar una visión más clara en este sentido. Después podremos formular algunas preguntas decisivas. Así lo que yo voy a decir ahora no constituye más que algunas pistas de reflexión que ellos y todos ustedes podrán fácilmente completar.

II. *El monaquismo cristiano* en general experimenta en este momento una cierta expansión a la vez geográfica y espiritual. Lo más fuerte de la crisis posconciliar está en camino de resolverse y los monjes nos encontramos frente a un desafío especial causado por la situación histórica del momento presente. A escala mundial, se ha conseguido un cierto desarrollo a nivel económico y político, o por lo menos los instrumentos de tal desarrollo están al alcance de las naciones, aunque sea en forma muy desigual. Esto permite, a su vez, que los niveles de moralidad y espiritualidad emerjan más claramente como profundas necesidades del hombre contemporáneo. La humanidad tiene hambre de pan y de paz, pero sobre todo, de justicia y del sentido espiritual de su propia existencia.

Hace pocos meses, Alejandro Solzhenitzyn, el autor ruso ya en Occidente, describió esta situación mundial: “Hemos cifrado, dijo, excesivas esperanzas en las reformas políticas y sociales, sólo para darnos cuenta de que nos hemos privado de nuestro más preciado tesoro: la vida espiritual... Esta es la

verdadera crisis. La división actual del mundo es menos grave que la similitud de sus enfermedades... Se hace imperioso revisar a fondo el dilatado catálogo de valores humanos”.

Tal situación se convierte en desafío y misión al constatar que todas las grandes culturas humanas han tenido, como expresión y fermento de sus dimensiones más espirituales, un testimonio monástico. Lo mismo deberá suceder en cualquier civilización nueva. Aquí está, por tanto, nuestra primera pregunta: ¿Somos capaces de asumir esta responsabilidad en el mundo de hoy y de mañana?

III. América *Latina* se encuentra en una posición especial y propia dentro de este contexto mundial. Vivimos en un continente que, en gran parte, depende cultural, social, económica, religiosa y políticamente de centros extranjeros de influencia. Sin embargo, desde esta periferia, a la cual está relegada por su situación de dependencia, América Latina grita un mensaje, no sólo de angustia, sino también de amistad y de esperanza.

No es necesario desarrollar esta realidad aquí, pues Uds. lo saben muy bien y es uno de los temas de reflexión de nuestros obispos que se iba a tratar en la proyectada reunión de Puebla

¿Qué decir del monaquismo en América Latina? Varios de los aquí presentes lo han estudiado desde distintos puntos de vista. Existen los excelentes bosquejos históricos presentados el año pasado por los P. P. Dom Joaquín, de Sao Paulo y Martín, de Lujan, publicados después en el *Boletín de A.I.M.* También el P. Beda, de Caracas, ha escrito algo en *Cuadernos Monásticos* y nuestros dos historiadores chilenos, los P. P. Mauro Matthei y Gabriel Guarda, han ayudado mucho a ver las dificultades históricas que ha sufrido el movimiento monástico en Hispanoamérica.

Ahora bien, llama la atención el paralelismo entre el proceso mundial y la escena latinoamericana. El mundo de los países ricos desarrolla una nueva cultura global; nuestro continente busca también una nueva civilización que integre los profundos cambios culturales de este siglo. Las naciones más desarrolladas necesitan reforzar el nivel moral y la dimensión espiritual para orientar la tecnología moderna; muchos en América Latina sienten la necesidad de una síntesis nueva y liberadora de la cultura propia de nuestros países con los desarrollos típicos de la sociedad moderna. Al monaquismo mundial se lo desafía para que provea los fundamentos espirituales de la nueva cultura que se está gestando; y los obispos de nuestros países piden insistentemente una mayor presencia contemplativa y monástica, para testimoniar en las iglesias locales de nuestro continente los valores trascendentales del evangelio.

En resumen, parece ser que la búsqueda de una nueva civilización para nuestros pueblos, junto con la importancia de la Iglesia católica en ellos, da al movimiento monástico en este momento de la historia latinoamericana una vigencia, una actualidad y una misión especiales.

De aquí surgen dos preguntas significativas. Primero, ¿qué puede aportar el monaquismo latinoamericano al movimiento monástico mundial? Dejo a otros responder a esa primera pregunta y paso a la segunda, que es más crucial: *¿Qué es lo que más necesita en este momento nuestro monacato latinoamericano?* Tendremos que descubrir esta necesidad y aclararla durante esta semana.

De mi parte, los dos años de preparación cada vez más intensa para el presente Encuentro me han convencido de que tenemos una doble necesidad. Necesitamos una visión compartida del monaquismo benedictino-cisterciense y un *método* a seguir en su vivencia. Permítanme unas palabras finales sobre esta doble necesidad.

IV. Necesitamos, en primer lugar, una *visión del mundo* no sólo económica, política, sociológica o tecnológica, sino también, y sobre todo, espiritual. Existen realmente unos movimientos colectivos del espíritu humano que corresponden estrechamente a los signos de los tiempos de que habla Jesús (*Mt* 16,3). Tales movimientos espirituales subyacen tanto en los problemas sociológicos como en los arquetipos de la psicología profunda. Y entre estos hondos latidos del corazón humano parece haber dos movimientos de especial relieve y universalidad.

El primero es el *movimiento hacia la comunidad*, hacia un encuentro vital con los hombres, nuestros hermanos. No es solamente que el hombre es un ser social, sino que tiene la vocación de realizarse en comunidad, *por medio* de la comunidad y *para* la comunidad. Es el movimiento hacia la *koinonía* humana y trinitaria. Todas las edades y culturas dan testimonio de esta pujanza del espíritu humano. En nuestros días la aparente fragmentación de la sociedad o de la Iglesia se debe en gran parte a la búsqueda de comunidades más significativas. Así surgen movimientos de comunión como las comunidades de base, los trabajos de equipo, la dinámica grupal, el ecumenismo, la amistad y tantas otras expresiones. La inquietud por la justicia social es, quizá, la encarnación más extendida de este profundo movimiento del espíritu.

Además de este movimiento comunitario hay otro que no es tan evidente pero a veces llega a ser aún más fuerte: el *movimiento contemplativo*. Es el profundo anhelo de unión con un Ser supremo, la vocación divina del hombre, la sed de conocer íntima y amorosamente al Manantial de todo ser. Este movimiento del espíritu humano se expresa, evidentemente, en la búsqueda de métodos de oración o experiencias contemplativas y en el espiritismo. Pero va más allá del mero instinto religioso. Penetra en el campo de la filosofía, las bellas artes, la psicología y muchas otras dimensiones de la cultura humana como, por ejemplo, el turismo. Como dice San Ireneo en un texto muchas veces citado fragmentariamente: “La gloria de Dios es la vida del hombre. Y la vida del hombre consiste en la visión de Dios”. Inconscientemente quizá, todo hombre ansía conocer a Dios como es conocido por Él.

La vida descrita en la Regla de san Benito se encuentra en la encrucijada de estos dos movimientos espirituales. Es a la vez claramente cenobítica y hondamente contemplativa. El monje de san Benito acepta el desafío de no oponer estos movimientos, como es muchas veces la tentación, ni tampoco de confundirlos en un tipo de falso misticismo comunitario. Sino que vive comunidad y oración con toda intensidad y con una sana flexibilidad, buscando las estructuras más adecuadas a tal propósito. Su vida reflejará la comunión de perfecto conocimiento entre Padre, Hijo y Espíritu Santo (*1 Jn 1,3*).

Estos dos movimientos espirituales parecen ser poderosos en el mundo de nuestro tiempo, especialmente entre la juventud. Sería interesante compartir nuestras experiencias de los jóvenes que vienen a nuestros monasterios, para ver si no se podría caracterizar la juventud actual por estos dos rasgos: tendencia comunitaria y búsqueda de contemplación. En todo caso, los dos movimientos tienen que ser evangelizados continuamente “e incorporados al cortejo triunfal de Cristo” (*Col 2,15*).

Esta visión del mundo me parece muy necesaria para el futuro del monaquismo en América Latina. Nuestros pueblos encarnan de una manera muy propia estos dos movimientos del espíritu, pero no están adecuadamente elaborados ni integrados. Existe oración y se forman comunidades, pero falta muchas veces la -suficiente compenetración de ambos elementos. Cuando surgen grupos de oración, se echa de menos con frecuencia la necesaria coherencia y estabilidad.

Me pregunto si no ha llegado el momento para realizar una mejor síntesis. Hasta ahora, quizá, sobresale en nuestros monasterios la pujanza comunitaria. ¡Y gracias a Dios por ella! Pero vale la pena preguntarnos si presentamos al Pueblo de Dios en nuestro continente -especialmente a los jóvenes con mayores inquietudes- lo que con todo derecho esperan de nosotros: un camino espiritual hacia su propia interioridad donde encontrarán al Señor de sus vidas y la transformación liberadora que los abrirá en amor a una comunión más grande.

Incluso se puede prever que si nosotros no hacemos este esfuerzo, otros lo harán en nuestro lugar, pues el deseo de oración y de comunidad fluye hondo en América Latina. Existe, además, un real peligro de que la corriente contemplativa se aisle de la comunidad eclesial o, por lo menos, del espíritu comunitario tan connatural a nuestro, pueblo.

Nuestra misión monástica parece ser, entonces, la de servir humildemente la integración de ambas corrientes espirituales, orientando comunidad y oración a la persona de Cristo, centro y fin de la Regla. No veo otro movimiento en la Iglesia de nuestro tiempo que pueda realizar con más garantía de

éxito esta síntesis viviente, síntesis que es a la vez la substancia de la vida benedictina y un elemento imprescindible para la plena evangelización y la verdadera vocación de nuestros pueblos. Es por esta razón que un análisis más espiritual de la realidad es tan necesario para el futuro del monaquismo en nuestro continente.

V. Finalmente cabe preguntarnos: *¿cómo realizar esta integración vivencial?*

¿Qué método seguir? Este parece ser justamente el significado de la relectura. La relectura de la Regla es el método necesario para revisar nuestra vida bajo la luz del Espíritu que inspiró a san Benito hace quince siglos. Podemos confiar en que el mismo Espíritu nos inspirará hoy a nosotros para cumplir la misión que el Señor de la historia nos impone en la coyuntura actual.

En cuanto a la pregunta, *¿cómo hacer esta relectura?* nuestras jornadas aquí juntos proveerán la mejor respuesta a ella. Me parece importante que la relectura incluya, como punto de partida, una visión de los movimientos espirituales que subyacen en los acontecimientos más transitorios de nuestras comunidades y de nuestros países, un poco como acabo de señalar. Cada uno de ustedes tendrá ciertamente algo -o mucho- que añadir a estas reflexiones. Lo podrán hacer durante estos días. Todos esperamos ahora con interés las palabras, en primer lugar, de Dom Dammertz.